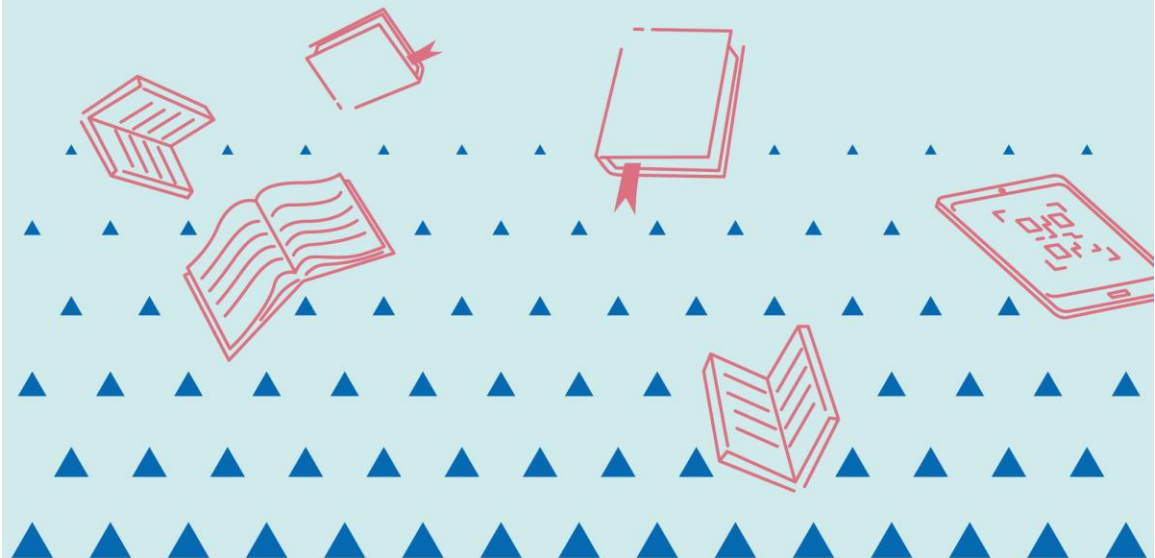




# El niño de viento

Marcelo Antonio Aguilar



## A Sara Arias, mi madre.

Voy a ser osado con la palabra todos y afirmar que todos vivimos una infancia intensa. Época de formación de algunos rasgos del carácter y de la personalidad. Razón por la cual es difícil ser fiel a los recuerdos. Esta revisión biográfica puede que les importe sólo a los historiadores, a los artistas, a los nostálgicos, a los psicólogos, o a los agradecidos como lo fue mi madre, que nunca se olvidó de su origen humilde. Digo, nuestra historia empieza a interesarnos cuando reconocemos a personas en un lugar y un tiempo determinado como propios. Un recuerdo perdido nos sirve para buscar matices de otros recuerdos en estos tiempos de dispersión. Y buscar un recuerdo postea en la memoria, sin malas interferencias, es como buscar una aguja de oro en un pajar.

Mi casa era casa de chacra, mitad ladrillo y mitad adobe, en una zona que iba urbanizándose con mucho esfuerzo y bendición. Eran loables las ganas de progresar y hermosa la convivencia entre los logros de unos y los logros de otros. Pero, como a todo niño, poco me tocaban esos asuntos. Lo que sí me importaba era salir a la calle y juntarme con mis pares a jugar a todo o a hacer la siesta, desparramados, como perritos bajo una sombra en verano o al sol en invierno. La infancia tenía mucho espacio y todo cerca: patios, baldíos, médanos, rio, lugar en la calle de ripio y un confiado permiso. Jugar era salud y generosa ambición.

Me acuerdo del club de fútbol que los bien intencionados vecinos habían formado para salir a jugar con otros clubes. Las primeras camisetas eran verde con bordes blancos, y creo que por ese color el club se llamaba Olivo. Me acuerdo que los artistas del barrio le habían compuesto un glorioso himno. Había tres categorías: infantil, jóvenes y adultos. En la sede, algunos días a la semana la comisión informaba sobre las flacas finanzas, los próximos proyectos y el cuerpo técnico con los jugadores pensaba y debatía tácticas y estrategias hechas o por realizar. A veces las reuniones se prolongaban hasta la medianoche, pero a las diez los más pibes se iban a dormir, menos yo, y cuento por qué.

Sé que las comparaciones son odiosas, pero en aquellos fines de los setenta qué podía saber de lo que pasaba en el mundo. No viví peligros ni había medios o redes que formaran o corrompieran la inocencia a distancia. Mi madre trabajaba hasta las 2 o 3 de la madrugada en un restaurant y yo era para mis vecinos el pibito que se quedaba hasta esa hora, despierto en la vereda, sea verano o

invierno, otoño o primavera, esperándola.

A pesar de sus sermones, no me iba a acostar hasta que podía ir a alcanzarla y abrazarla; por esto llegaba tarde a la escuela y las maestras, que conocían la causa de mi sueño, tenían una consideración sensible para mi decena de años.

Fue en una de esas esperas, aburridas, en que estaba jugando con unas piedritas, cuando se apareció un niño que se desmoronó en el ripio y se armó y desarmó muchas veces. Mi susto fue tan grande que en lugar de correr, quedé paralizado. Era el niño de viento. Cuando al otro día pregunté si lo habían oído nombrar, nadie lo conocía. Y si me preguntaban por él, como lo hizo mi mamá, yo dije que era un niño que podía armarse con territa y apenas permanecer unos segundos. Y que además escribía en el suelo para hablar. "Interesante", recuerdo que dijo mi mamá, y fue la primera vez que escuché esa amorosa palabra; hoy me suena a clausura, a "con esto te digo que no quiero escucharte ni pensar nada".

Esa vez que se me apareció y me habló, mejor dicho, escribió en el piso, usaba su energía como lápiz y como papel el mismo montón de territa que apenas ¡pobre! podía servirle para formar su cuerpo.

No te asustés. No puedo estar en pie. Formar mis órganos. Mis sentidos. Reproducirme. No puedo hablar. Si me levanto. Ya viste como caigo. Busco una solución. Sé pensar. Escribir. Pero sólo soy aire. Es mi suerte. Ir donde quiero. Pero ser invisible.

Yo no podía despegar la vista de la tierra iluminada por la luz veladora de la calle. Leía tan rápido como podía sus frases telegráficas, aun sin entender del todo. Un viento borraba unas y un rayo escribía otras. Para ese entonces, ya había perdido el miedo, y pensé: tal vez estoy soñando.

No puedo hacer daño. Sólo soplar y juntar tierra. Puedo montar ráfagas. Entonces le pregunté despacito, como si fuera a oír un secreto. Y podés asustar? Si hablaste. No te escucho. Escribí. Puedo caminar las palabras. Saber qué quieren. Entonces escribí en letra imprenta con un palito sobre la arena desparramada como él lo hacía: Podés asustar?

No puedo hacer violencia. No puedo dormir. No puedo caminar. Sólo armarme y caer. Como me viste. Escribir y leer. Eso sólo puedo. Vos que hacés?

Nada, le dije, espero a mi mamá. Escribí por favor.

Me pidió, ansioso como parecía ser, al comprobar que tardaba en responder sus preguntas. Entonces escribí.

Nada. Espero a mi mamá. Qué es eso? Es una mamá. Y para qué sirve?

No sé. Cómo no sabes? La quiero. Y qué es eso? Es abrazarla. Qué es abrazar? Es rodearla con los brazos. Ah. Yo no puedo abrazar. No puedo mover los brazos. Apenas formarlos.

Entonces, quedamos callados, mejor dicho, inescritos por un rato. La noche era linda. No hacía frío ni había nubes. Se podía ver los cuernos de la luna y a las estrellas ir a naufragar a la luz del amanecer, lentamente. Ningún perro ladraba. En algunas casas brillaba una luz insomne. Cuando pasaba un auto trasnochado, simulaba jugar con un palito. Me gustaba su compañía. ¿Cómo sabía que estaba? Es que veía respirar el montoncito de arena recostado en el suelo. Le pregunté escribiendo al lado de su cuerpito.

Qué pensás.

Nada.

Está lejos tu casa?

No sé. Vivo andando. Sólo a veces paro. Me cuesta hacerlo. Estar es difícil.

Te duele algo?

No. Pero el viento. Es inquieto. Nadie sabe adónde va. Ni de dónde viene.

Hay más como vos?

No, soy solo. Eso creo. Nunca vi otro.

Ni en montones de viento?

No. Ni en montones de viento.

Entonces, no sé por qué le pregunté lo que le pregunté si ya sabía la respuesta. Quizás quería entristecerme o simplemente no dejar que se fuera:

Te vas a ir?

Sí, estoy condenado. A muchas cosas. Creo que te las escribí. Siempre escribo lo mismo. Soy quejoso. Ignoro tanto.

Tenés nombre?

Nombre? Para qué? Si no puedo oír. Nadie puede verme. Y tampoco soy algo.

Sos un amigo invisible?

No, soy el niño de viento. En un rato me voy. Me vas a olvidar?

No lo creo. Jamás escribí para nadie. Nada.

Nadie no soy. Soy el niño de viento. No lo olvides. Y tengo algo que decir.

Qué?

Estaba tan concentrado en el suelo que cuando mi mamá me habló, yo salté del susto, y rápidamente me puse de pie y la abracé. Me quedé abrazándola hasta que me dijo:

Vamos adentro, hijito. Te traje algo rico que a vos te gusta mucho.

Entonces cargué su bolso. Me tomó de la mano y cruzamos el camino del patio, flanqueado por tres olmos inmensos, un parral, una higuera, una bomba de agua, una ermita de no sé qué santo, una pileta de ladrillos, árboles frutales, una quinta de verduras, un corral de aves y una canchita donde jugábamos a la pelota, recuerdo.

Estabas dormido? No, estaba escribiendo. Y qué escribías? Nada. Estuvo abierto el club? Sí, hasta recién. Mejor, así no estás tanto tiempo solito. No te preocupes, estoy bien. Te quiero mucho, hijo. Yo también, mamá.

Hoy pienso que no quise preocuparla con mi imaginación y por eso, esa noche, curioso lector de los epílogos felices, puede ser que me haya desvelado con muchas ganas de contarle la aparición del increíble niño de viento, sueño o verdad, que jamás he olvidado.